Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6853 Lunes 23 de julio de 2007
Temporada n° 54 **Cine COSMOS**

SALAAM BOMBAY! (*Ídem.,* Inglaterra / India / Francia-1988). *Dirección*: MIRA NAIR. *Guión*: Mira Nair, Sooni Taraporevala. *Fotografía*: Sandi Sissel. *Música*: L. Subramaniam. *Diseño del film*: Mitch Epstein. *Montaje*: Barry Alexander Brown. *Asistente de dirección*: Hassan Kutty. *Sonido*: Mary Ellen Porto. *Elenco*: Shafiq Syed (Krishna/Chaipau), Hansa Vithal (Manju Golub), Chanda Sharma (Sola Saal), Raghuvir Yadav (Chillum), Anita Kanwar (Rekha Golub), Nana Patekar (Baba Golub), Anjaan (niño en el circo), Amrit Patel (jefe del circo), Murari Sharma (boletero), Ram Moorti (loco), Sarfuddin Qureshi (Koyla), Raju Barnad (Keera), Irshad Hashmi, Mohanraj Babu (Salim), Chandrashekhar Naidu (Chungal), Krishna Thapa, Shaukat Kafi Azmi, Haneef Zahoor, Jamila, Ramesh Rai, Shaukat H. Inamdar, Irfan Khan, Neil Gettinger, Yunus Parvez, Habib Azmi, Ramesh Goyal, Sanjana Kapoor, Biswadeep Chatterjee, Ameer, Ajju Kasam, Double Battery Stafford, Rana Singh, Ali, Dinshaw Daji, Jayant Joshi, Prashant Jaiswal, Joyce Barneto, Hassan Kutty, Preshit Shringarpure, B.D. Sharma, Mohammed Ali, Dilip Das, Alfred Anthony, Ramesh Deshavani, Anjaan Srivastav, Eric Paymaster, Sulabha Deshpande, Mohan Tantaru, Sheikh Haroon. *Productor*: Mira Nair. *Productor ejecutivo*: Gabriel Auer. *Productoras*: Cadragee, Channel Four Films, Doordarshan, Forum Films, La Sept Cinéma, Mirabai Films, National Film Development Corporation of India (NFDC). *Duración original:* 112'.

El film

Usted nació en la India, hizo sus estudios en Estados Unidos y actualmente vive en Sudáfrica. ¿Dónde se siente realmente en casa?
Me marché de la India a los dieciocho años. Y desde entonces, durante casi diez años, compartí mi tiempo entre Estados Unidos y la India. Luego conocí a mi marido en Kampala, Uganda, durante el rodaje de Mississippi Masala. Hace ahora dos años que vivimos en Sudáfrica. Viajo a menudo por razones profesionales, pero me siento en casa allí donde están los míos: mi marido y mi hijo.
¿Qué la movió a dedicarse al cine? Sus películas parecen empapadas de un sentido profundo de justicia social.
No soy de esas personas que, a los ocho años, ya saben que van a hacer cine. Di con el cine, y éste se apoderó de mí. Empecé por subir a las tablas: me lancé en una forma de teatro experimental más bien radical, teatro callejero de protesta, y en actividades de ese tipo. Era también buena alumna y soñaba con realizar una carrera universitaria. A los dieciocho años obtuve una beca para proseguir estudios de arte dramático en Harvard. Pero, una vez allí, me di cuenta de que el teatro que se enseñaba era demasiado convencional, demasiado rígido, comparado con lo que había hecho en la India. También me molestaba el hecho de que el actor no es dueño de la situación, está siempre a merced del realizador y de su visión del universo. Yo quería tomar las riendas -narrar una historia, controlar la luz, la acción, la imagen... El cine independiente representa una tarea ingente: tener una idea, escribir el guión, financiar la película, preparar el reparto, el rodaje, el montaje, y a continuación -lo más duro- lograr que se distribuya a través del mundo. Todo ello exige fácilmente uno o dos años. Para mí, la libertad de creación es esencial. Y para realizar un proyecto, día tras día, durante dos años, tiene que convertirse en una obsesión. Sólo puedo filmar temas que me conmuevan profundamente y que me hagan vibrar. Algunos filman para que el espectador pase un rato agradable los domingos por la tarde. Yo no. Dejo eso a los demás, aunque no los condeno. Me atraen las ideas que provocan y que dan una visión diferente del mundo. He cumplido una trayectoria realmente personal, supongo que

para poder resistir al imperialismo cultural de Hollywood y llevar a la pantalla a gente como nosotros, de la India o de otros países del Sur. Es algo muy importante. Debemos contar nuestras historias, pues nadie lo hará en nuestro lugar. Confieso que asumo con agrado la responsabilidad de descubrir esas historias y de adaptarlas al cine. Después de todo, las películas, a la inversa de los libros, están al alcance de millones de personas. Poder llegar a un público tan vasto es otra dimensión de mi trabajo que para mí es fundamental. Al mismo tiempo, no olvido ni subestimo al individuo, al espectador en la sala.

¿Por qué se concentra usted en las comunidades y los individuos que viven en el exilio? ¿Qué ha aprendido sobre la identidad cultural y el racismo?

Al parecer, tengo una cierta fama de hacer películas sobre el exilio. No elegí ese tema, sino que él me eligió a mí. La distancia respecto de una comunidad es algo que antes me incomodaba, pero que ahora me sirve de instrumento para mis películas. Creo que entiendo ese estado de ánimo. Sé lo que uno siente cuando mira por la ventana de un motel de Misisipí o cuando veo mi jardín en Kampala. Uno puede estar en las antípodas y encontrar sin embargo un lazo con su hogar o con algo que se lo recuerda. Pero no soy nostálgica y no sé lo que es echar de menos al país de origen. Siento un enorme apetito por el mundo y un gran amor por la gente. Advierto una profunda comunión de pensamiento entre los pueblos. Pero la ignorancia y el miedo -los dos estigmas del racismo- nos ciegan y nos impiden sentirla.

¿Por qué las comunidades indias en el exilio, por ejemplo, sienten la necesidad de marginarse de la sociedad?

Fue muy conmovedor cuando estuve en el Misisipí rodando mi película comprobar la extraordinaria semejanza entre las familias negras -lo unidas que son, la iglesia, los cantos y las barbacoas- y las familias indias, dos comunidades aparentemente alejadas una de otra aunque sólo vivan separadas por una carretera. La comunidad india actuaba del mismo modo, creía en los mismos valores que la comunidad negra. Y, sin embargo, los indios imaginaban que los negros no eran tan humanos como ellos y no del todo semejantes. Las comunidades indias establecidas en el extranjero forman su círculo, probablemente para mantener una cierta integridad cultural y a veces religiosa. Tienen una mayor tendencia a encerrarse en su "indianidad" que las que viven en la India. Al hacerlo, se niegan sistemáticamente a integrarse en la población local. Cuando estaba en Kampala para rodar Mississippi Masala, algunos de mis compatriotas parecían extrañados de que yo no fuera tan "india" como habían imaginado.

Sus películas exploran las contradicciones, mostrando, por ejemplo, cómo el esclavo se convierte en amo. ¿De dónde procede esa idea? ¿Recurre usted a sus condiciones de observación como documentalista o procura afinar sus intuiciones?

Tengo vista y oído para captar las contradicciones. Son parte de la vida, de la zona opaca en que no somos ni más ni menos virtuosos que los demás. Para mí, la realidad es mucho más interesante, más extraña que la ficción. Es allí donde interviene la especificidad cultural. Uno investiga a fondo un tema, se impregna del asunto y extrae de él una historia que podría resultar universal. Gide dijo que la tiranía es la falta de complejidad. Y es interesante analizar la complejidad en un filme. Más interesante que la búsqueda constante del más mínimo común denominador. Pienso que la intuición es la que permite hacer la distinción entre una y otro. Creo realmente en la intuición y confío plenamente en ella para encontrar y construir mis historias. Por ejemplo, hice un documental titulado **Children of desired sex** (Los niños del sexo preferido), un eufemismo para designar en la India a las parejas que sólo desean varones. La película intenta denunciar la utilización vergonzosa en la India de la amniocentesis para hacer un estudio genético del feto, que sirve en realidad para determinar su sexo. Si el bebé es una niña, las mujeres abortan. Pero no basta con encontrar un tema. Es preciso también crear un ambiente de trabajo que permita dar rienda suelta a la intuición. Cuando vuelven, los que han pasado años en el extranjero han adquirido una cierta distancia con respecto a su país de origen. Son capaces de observar la sociedad local con un ojo crítico, sin que por ello se permitan juzgarla. Tal vez esa distancia explique la acuidad de una película como **Salaam Bombay**. Pero existe también el riesgo de suscitar críticas. ¿Qué contestar cuando se me acusa de vender la miseria de la India? Escojo los temas que me impresionan y no soy la primera persona a la que se ha reprochado vender la miseria del país. El gobierno llegó a incriminar de lo mismo al gran cineasta Satyajit Ray. Creo que nadie puede afirmar que **Salaam Bombay** muestra la miseria en la India de manera gratuita. Celebra la supervivencia del ser humano frente a todas las vicisitudes de la existencia. En la vida diaria nadie presta atención a esas cosas. ¿Cuántos de nosotros, en vez de afrontar la realidad, permanecemos sordos e insensibles? Pero huir de la realidad no la hace desaparecer.

Otro tanto ocurrió con **Kama Sutra.** No disimulé la sexualidad tras los velos y las danzas. En la India las películas comerciales están siempre plagadas de alusiones sexuales y de canciones subidas de tono sobre "lo que hay debajo del corpiño". En realidad, la sexualidad en el cine indio siempre se presenta asociándola con el estupro y la violencia. El propósito de mi película no fue escandalizar, sino narrar una historia sin rodeos, sin ocultarme recurriendo a quimeras o a apariencias engañosas. Lo irónico es que pertenecemos a una cultura en la que el amor y la sexualidad se miran como un vínculo con lo divino. Consistía en un arte que era preciso estudiar pero que a la vez era una realidad de la vida cotidiana.

(Fragmentos de entrevista realizada por Ethirajan Anbarasan y Amy Otchet, extraída de www.unesco.org)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**